

# FRATERNIDAD

J. Orlando Ortiz López / 2º Premio. Facultad de Filosofía y Letras

Para Ludi somos de lo más extraño, idiotas, simples y avorazados que puede haber. En realidad nosotros no tenemos la culpa de lo que ha pasado, sino ella, que siempre creí que le faltaba un tornillo. Sus puntos de vista son curiosos, yo he llegado a la conclusión de que son algo así como ideas idiotas:

- a) Todo lo que se liga se destruye, lo que se destruye se acaba: no me vuelvas a ver por las tardes.
- b) El hilo de la media se me fue, no me veas las piernas: no gano para medias.
- c) El domingo fuimos a los toros, no fumo: mi primo es un idiota.
- d) Tengo miedo cuando estoy sola, soy bonita: uso shampoo para no tener caspa.

Y así por el estilo podría darles muchos ejemplos de raciocinios, pero no lo creo necesario ni conveniente. Digo *todos* porque somos tres el *todos* al que ella se refiere (mejor dicho, yo). Tal vez Arturo sea el más afortunado, no obstante no lo envidio porque hay algo en ella que me repele, que me hizo verla como un deporte pasajero o como rutina de varias series de diez —hablando en términos pesísticos, es decir, *pesas*—, cansada y monótona hasta sentirse con los músculos tiesos y calientes. Tengo dieciséis pulgadas de brazo, Arturo no llega a las catorce y Luis tiene apenas doce. Es el más flaco de los tres. Ellos no entienden que para volumen lo mejor es mucho peso y pocas repeticiones. En realidad ellos casi nunca *jalan*, y mejor dicho, nunca, pues yo soy el único que tengo que conservarme en forma, por el trabajo. Soy actor y a veces artista, pues también canto.

El creído de Andrés cree que me pasó lo mismo que a él. Está loco.

Ludi no me dejó ni nada por el estilo, fue algo así como eso de: no, a mí no me corren, renuncio.

Enciende un cigarro y le ofrece otro a su compañero. Llevan treinta minutos en el café, viendo pasar a la gente y aguardando a Arturo, el que esperan sea el vengador.

No sé por qué las mujeres prefieren a los tipos raros como Arturo, que no saben hablar de otra cosa que no sea su carrera y cosas de cultura. Andrés, Arturo y yo vivimos juntos en un departamento de Bucareli, después del reloj chino. Es una privada media no sé qué por el tipo; Arturo fue el que nos animó a que nos cambiáramos ahí dizque por lo céntrico. Andrés aceptó porque se deja influir por lo que dice Arturo y cree que sabe mucho. Conocí a Ludi en una fiesta a donde fuimos a tocar. Soy el requinto de un conjunto. Andrés y Arturo no son del conjunto, pero nos llevamos bien y no se enojan cuando los cuates vienen a ensayar. Estamos sacando *Lo pateamos en la esquina porque te quiero mucho*, la compuso Carlos, el baterista.

—¿Otro café?

—¿Traes dinero?

—Tú pídelo y no preguntes. Traigo tennis.

Mejor es que lo entiendas y no te ofendas. Tú eres tú pero yo no soy yo y no lo puedes negar. Tengo miedo no de lo que pase o pueda pasar, sino de no sé qué que no sé; es algo así como si al tomar una curva te descontrolas y no puedes enfrenar en el columpio y al subir nuevamente se te mató la máquina ¿entiendes? Más claro: si lo que tú pretendes no puede ser es porque hay algo que le impide a eso que sea y no puede ser. ¿Y si abortas? No hables tan fuerte. Digo, para un caso de que sea, aunque lo dudo, porque si quieres. No seas necio. Traigo un *impermeable* japonés, dicen que son de los mejores.

Ludi me vio trabajar en *Cuando llueve no me mojo* y cayó redondita, aun cuando ya era novia de Luis y él la había invitado a verme en el estreno.

Hoy vendrá, lo sé. El aire de la tarde me lo dice. Estará nerviosa, como de costumbre, temblando y con los ojos llorosos. Me da lástima su: "No sé, estoy aturdida con tantas cosas que me pasan ¿tú lo entiendes?, buscan lo mismo y no saben por qué ni para qué." Para ella la vida es un juego de "no quiero, no insistas", y de búsqueda. Búsqueda de algo que sólo yo puedo ofrecerle. Aquel domingo se cubrió de sol y llegó envuelta por el brillo hasta donde yo descansaba. ¿Quién eres? Un algo ¿Qué un algo? Lo que buscas. Y se sentó junto a mí a descansar y mirarme pensar en lo que es una mujer.

—Se está tardando mucho.

—A la mejor se le hizo.

—Cinco contra uno a que no.

—Diez contra uno a que quién sabe.

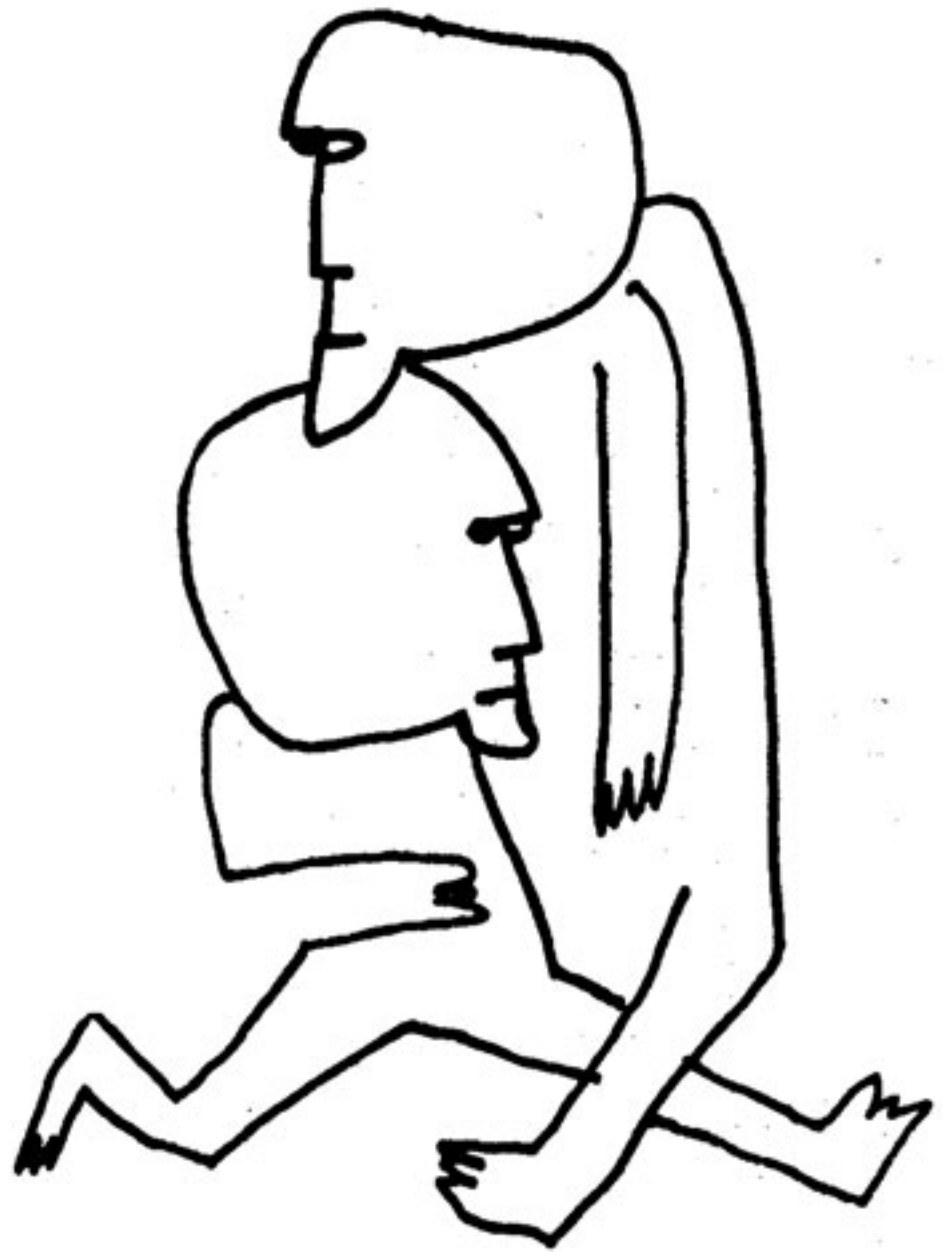
Está muy seguro. Yo digo que quién sabe porque nunca se sabe. En esa fiesta me lucí y Ludi gritaba histérica. Aquello era un cotorreo de lo lindo. Todas las viejas estaban locas, se jalaban los pelos, gritaban, lloraban y no sé cuántas payasadas más. La ligué fácil, y eso porque era la mejor, si no, me hubiera ligado más; quiero decir que no les hice caso a las otras porque Ludi aguantaba como para traerla mucho rato nada más a ella. Cuando canté —porque además de requinto a veces canto— *Tus ojos me desvelan cuando no duermo*, se puso a llorar de emoción y se salió al jardín de la casa. Cuando terminamos salí a buscarla y para qué les cuento. Unos besotes rompemadres.

Mueve con la cuchara el café frío. Andrés lo observa y se ríe; la cara de Luis es la causa.

—¿Y ahora qué te picó?

—Nada que te importe.





—Estás celoso.

—Tu abuela sin náilons en bicicleta.

Por la tarde fueron a un bar. Un ambiente nuevo para ella, otro mundo. Él sonreía al verla maravillada y sobre todo cuando decía que deseaba conocer su casa y lo que él hacía.

—Debe ser interesante.

—No usemos la palabra interés, sino pasión. Apasionante. Penetrar en el pasado es ir descubriendo la vida y los cambios que ha sufrido, encontrar los valores que se han transformado y las ideas que han servido de base al presente.

—En la oficina creen que soy existencialista. ¿Qué es el existencialismo? Yo quiero ser cantante o artista, pero no sirvo.

Han pasado dos años y desde entonces recurre a mí. Viene a mí y nos encontramos. Toma un libro y se acuesta en el sofá y lee en voz alta. Después se calla y me mira. Cuando llueve no quiere irse y me pide que no la deje ir. Para mí el ser joven es eso: no quererse ir, quedarse bajo techo a ver llover lo que no se entiende, buscar el calor casi apagado de la inestabilidad, del no sé lo que será. Pone discos en la consola y baila sola durante horas hasta caer rendida en la alfombra, con la ropa mojada de sudor y respirando agitadamente. Me dice que estoy loco porque no me gustan sus piernas que a muchos parecen gustarles. Me pide que le explique lo que es el amor y las relaciones sexuales. Lo hago y me dice que no entiende. Yo tampoco. “¡Quiero saberlo, sentirlo!” me grita y sale dando un portazo. Lo entiendo pero no sé explicarlo.

Mira, sin llegar a eso, todo lo que quieras, para eso venimos aquí, pero guardando tu distancia. No insistas, ya sé que sabes mucho sobre periodos de fertilidad, anticonceptivos, etcétera, etcétera, porque estás estudiando medicina, pero eso no obsta para ello, porque ni yo lo consiento ni quiero que sea enténdelo; dije no y eso explica que no. Pongámonos de acuerdo; si

tú estás aquí es porque vienes dispuesta a . . . Ya te lo dije, no necees. Déjame terminar. No tiene caso, sé todo lo que vas a decirme.

—Para serte franco, yo estoy un poco celoso.

—Bueno, así yo también.

—¿Nos vamos?

—Esperemos otro poco. A la mejor a la hora de la hora se le echa para atrás.

Ni lo que gasté en el hotel. Y eso me pasa por creído. Pinche vieja encogida y remilgosa. Después de lo que les hizo a Luis y a Andrés lo más seguro era que me hiciera lo mismo; pero no, ahí voy yo de bueyesote creyendo que conmigo sí, y siempre no.

—¿Qué sabes de nuevo?

—Que estás triste.

—Es que ellos no entienden. Si una mujer es bonita no tiene por qué ser una pu, una prostituta ¿no es cierto? Además me siento muy sola. Me hace falta algo o alguien en las noches para poder dormir sin pensar en la oficina o en que Norma tiene fiesta el sábado. Yo creo que están muertos porque no hacen nada, no piensan, no, no sé que no, están como si nada, como si una fuera para nada más y ya, así purrum adiós, gusto en conocerte y ya. Yo no, por lo menos yo no, ¿cómo te llamas?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para conocerte

—¿No me conoces ya sin necesidad de saber mi nombre?

—Quería saber tu nombre, me equivoqué; no conocerte en el sentido de conocerte, sino en el de tu nombre, para saber si eres el que salió en el periódico el domingo pasado.

—Pudiera ser, no lo sé.

Luis grita "¡ajúa!" y lanza el *Sir* en español al aire. Andrés se acerca solemne a Arturo y pone una mano sobre el hombro de su amigo.

—No dirás que no te lo advertimos.

—Cuando se agachó

se le vieron,

uno, dos, tres,

eran azules . . .

sus medias a gogo ¿Les gusta? La compuso Carlos, el baterista. Luego dice:

Si te dejas

dar un beso en la,

sol, fa, mi, re,

trompita, Yeah . . .

te doy todo mi amor. ¿A poco no está padre? Luego cambia de tono.

—Cállate el hocico o te lo rompo de un madrazo.

—Era cotorreo, no te sulfures porque te puede dar chorro.

—No vale la pena entristecerse por las mujeres. Como dijo el poeta:  
*traed nuevas copas, que beba el lacayo las heces de amor.*

—¿Pascuales, si ni un traguito le dimos?

Después de la función fueron a felicitar me los tres. A Ludi se le veía en los ojos que estaba apantallada. Mi papel no era para menos, me daba oportunidad de lucirme como galán. En la reunión que hicimos en el departamento ni caso le hizo a Luis. Me seguía a todas partes y me preguntaba lo que se sentía estar en un escenario. Es la vida misma, le respondía, es vivir mil vidas en nuestra vida, es llorar y reír y sentir y amar; todo en hora y media que dura la función. Al día siguiente se peleó, o mejor dicho ni se peleó, sólo dejó plantado a Luis y se vino conmigo. Ella me dijo que lo había dejado por simplón, él me dijo que fue porque al besarla le agarró las piernas y ella se enojó y le dio una cachetada. Cualquiera que haya sido la razón, yo salí ganando, aunque creo que más que nada se debió a que yo la impresioné y comparó a Luis conmigo y, natu-



ralmente, yo soy mejor que Luis. Conmigo se enojó cuando al llevarla al hotel, hizo un berrinchito y hasta ahí todo, yo no soporto viejas que se ponen sus moños como si fueran la gran cosa.

Al salir del café la encontré; caminaba despacio y con la mirada perdida. La llamé y tal parece que eso la reanimó, pues sonrió y casi corrió hacia mí. Había ido a buscarme. Sé que no se encuentra y trata de hacerlo hablando o fingiendo pensar, ocultándose en teorías subjetivistas y a veces en lo sobrenatural. La magia la apasiona. Ella es, para mí, algo bonito pero inútil. No piensa. Cree pensar y lo único que hace es divagar, enredarse con las palabras y creer que todos los secretos de la vida están ocultos en el amor, entre sus piernas, en su sexo. En la sensualidad de su cuerpo blanco.

Ludivina coloca un disco en la consola y comienza a bailar, desnudándose poco a poco. Apaga una lámpara, otra lámpara. Él la mira y sonríe.

—Ya no, es idiota —dice cuando está en brassier y pantaletas—, además lo hago muy mal.

—Te doy toda la razón: no tienes ritmo.

—¿Qué haces cuando ves una mujer desnuda?

—Eso: verla.

—No me expliqué, quise decir cuando estás, así como ahora.

—¿Dónde está la mujer?

—Idiota. ¿Y qué soy yo?

Su inestabilidad síquica seguramente responde a un mal funcionamiento glandular. Sólo así se explica que en menos de quince días haya sido novia de nosotros tres y nos haya hecho lo mismo. Estoy seguro de que sufre una obsesión sexual de índole patológica que le impide autorrealizarse y por ende lograr su personalidad, su ego, su yo-mujer. En una palabra: está más loca que una cabra.

Luis ensaya con su guitarra sin amplificador, Andrés hace ejercicios de miradas y gestos castigadores, Arturo lee algo de Lucenay y a cada rato mira la portada.

Se sienta a los pies de él y recarga la cabeza en sus rodillas. Tiene un poco de frío y coloca sobre sus hombros el suéter que se había quitado.

—Si no soy mujer ¿qué soy?

—Una muñeca.

—¿Soy bonita?

—Mucho.

Quedan en silencio. Los dos están confundidos; ella: no lo entiendo; él: ¿por qué toda esta farsa? El disco termina y cae el de Tjader. Música sofisticada de un oriente sofisticado. Es de noche. Acaricia el pelo de Ludivina con suavidad, sintiéndolo pintado de negro. A media luz se pierde la repulsión que él siente por la carne blanca y transparente.

—¿Crees que esté enamorada de ti?

Luis deja de tocar la guitarra y mira a sus compañeros. Piensa que están locos y se ríe solo. Sus compañeros lo miran y creen que está loco porque se ríe solo.

—Si sigues leyendo eso vas a terminar pajueleándotela.

—Este es un libro científico, no seas idiota; además no soy como tú.

Andrés se siente inspirado y declama: en torno de una mesa de cantina regocijadamente departían cinco alegres padrotes. Etcétera, etcétera. Arturo le avienta el libro y se va a acostar.

—No quiero irme.

—¿Por qué?

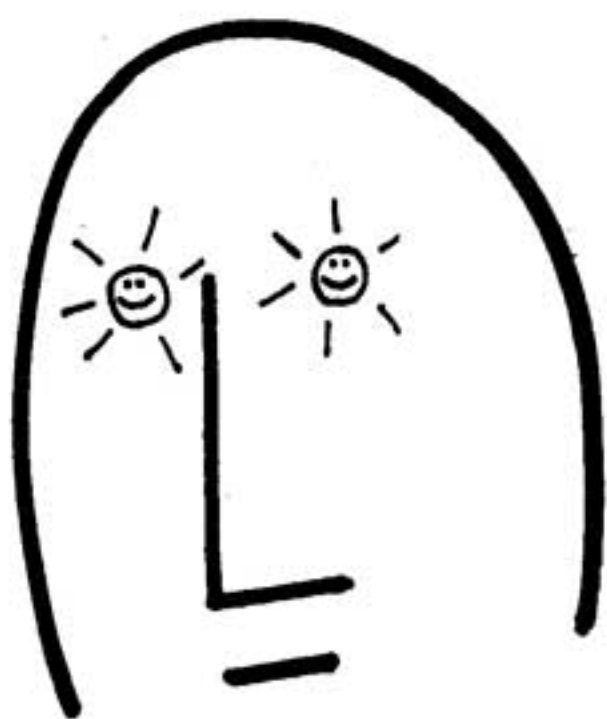
Él se para y apaga el tocadiscos. Va a la cantina y se sirve brandy, después se dirige a la ventana y mira la noche.

—Está lloviendo.

—¿Puedo quedarme?

—Si quieres. La casa tiene tres recámaras y mañana.

—Digo, para siempre.



—Y yo digo: es mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Él siempre es rutina infinita y el infinito no está en nuestras posibilidades, mucho menos la rutina.

Se acerca a ella y la mira detenidamente, tratando de sacarle la idea de "me da igual porque no lo entiendo". Sus pantaletas son transparentes y chicas. Se pone de pie y lo mira a los ojos, como diciéndole: "estoy cansada de estar sentada, necesito pararme y caminar"; pero él escucha: "estás loco porque no quieres lo que todos quieren". Sin embargo él lo quiere. No se engaña, ella es algo bonito, un juguete bonito, una muñequita que abre las piernas, habla y siente y quiere sentir. A él no le gusta jugar y piensa que le falta mucho por investigar y la bibliografía está incompleta. Le da una nalgada. Bruto, dice ella y piensa que no lo entiende.

—¿Me aceptas?

—Como secretaria. Tengo muchas cosas que están manuscritas. Mil pesos mensuales, vacaciones pagadas y servicio médico.

—¿Son todas las prestaciones?

—Casa, comida, ropa. Además.

—¿Qué? No tengo miedo.

La carcajada de él rompe los cristales de la ventana y penetra en ella un dardo envenenado que la paraliza y reduce a algo que ya no siente, que no está entre sus piernas, ni en su cabeza, ni en su cuerpo. Que se ha perdido en la noche de ayer, cuando me quedé.

Ahora sus raciocinios son:

a) Carcajada, me quedé: no lo entiendo

b) Carcajada, noche: no lo entiendo

c) Carcajada, ayer: no lo entiendo

d) Me quedé, carcajada; no lo entiendo

e) : absurdo

f) : idiota

g) : no lo entiendo

Ludi vino a buscarnos pero no estábamos, nos dejó una carta que decía: "Entiéndanlo, no es que busque sino que quiero encontrar. Si ustedes no entienden que entre los tres sería imposible, no lo entiendo, es absurdo, es pedirle peras al olmo y nos dé manzanas. Volveré algún día y deberá estar sólo uno, al día siguiente otro y al día siguiente otro, no los tres; no lo puedo explicar, debe ser algo muy secreto y personal, sin que ninguno de los tres lo sepa, ni yo misma. Chao. Que se diviertan mucho. Posdata: si se enteran por los periódicos del asalto al banco, no lo crean, esa noticia falsa se las di yo, y también la de que un camión atropelló a una muchacha semidesnuda en el Paseo de la Reforma, por el María Isabel. Creo que esa noticia es de hace dos o tres meses, antes de que los conocie-



ra, un día después de que regresé de mi retiro espiritual al Popo. Bye. Tengo ropa nueva.”

—¡Cállate!

Su risa sonora y penetrante se sigue extendiendo, horadándola y burlándose de las cosas. Por los cristales rotos entra un aire frío y húmedo que la acaricia. Cierra los ojos y se deja llevar por eso que siente, por eso que no sabe lo que es, por esa carcajada que surge de todas partes y la desnuda y la golpea y la pulveriza. Es polvo de en polvo te convertirás, de carne y huesos quemados por un algo, por una noche de ayer, cuando me quedé a vivir lo que no sabía ni sé, lo que se ha perdido en tres recuerdos frustrados.

—Ve a descansar, estás nerviosa. Buenas noches.

Al retirarse, él recoge las ropas de ella y las pone sobre el sofá. La mira alejarse, desnuda, hacia el oscuro pasillo que conduce a las recámaras. Sus ideas son confusas. Sale a caminar. Regresa y durante horas la contempla dormir. Se retira a descansar.

—Está loca. Necesita un psiquiatra.

—Que se la cojan para que ya . . .

—Muy a la orden. Todo sea porque recobre la salud. Nos vemos, voy al gimnasio.

Cuando ella llegó. Después la noche, la lluvia. Ludivina se tiende sobre la alfombra y lo mira tomar un libro. Grita que está cansada, fastidiada, y llora apoyada en su brazo. Él se dirige hacia la ventana.

—Está lloviendo.

—¿Puedo quedarme? Lo he pensado mucho y creo que sólo contigo puedo encontrar algo, no sé, algo que no sé pero que es algo. ¿Tú qué piensas?

—Te puedes mojar. Quédate. La casa tiene tres recámaras y ya mañana.

—Digo, para siempre.

Se pone de pie y lo mira a los ojos, como diciéndole: “Estoy cansada de ser siempre lo mismo”; pero él escucha: “Quítame las pantaletas, no seas tonto.” Él está cansado y sonrío, es una chiquilla sin sentido. La mira y aquella noche se queda grabada en él y ella. Le da una nalgada. Bruto, dice ella y piensa que no entiende el brillo de sus ojos y su sonrisa idiota.

—No tengo miedo.

La carcajada de él no la captan los sentidos y sin embargo penetra en ella como una *tonta* que la paraliza y la reduce a algo que ya no siente, que se pierde entre sus piernas y tiembla no sintiendo la cabeza ni los pensamientos ni su cuerpo, observando que se ha perdido en un recuerdo blando, amorfo, que escapa de sus manos hacia la idea de una noche-carcajada de algún día, de un hoy o de un ayer que no precisa.